

LA POLÍTICA INTERNACIONAL
NORTEAMERICANA SEGUN LA
VERSION DE GEORGE F. KENNAN

(Análisis y crítica)

I

Sobre la eficiencia norteamericana y los "expertos" estadounidenses (perplejidad, improvisación, angustia, momentismo e inmediatez).

Nadie puede poner en tela de juicio la muy difundida versión, a cuyo tenor, los Estados Unidos de Norteamérica, albergan, en proporción acaso carente de plural, la virtud de la eficiencia. Igualmente reputamos de innegable otra afirmación que, a primera vista, complementa la precedentemente enunciada, a saber, que Norteamérica es el país que más acatamiento rinde a la supuesta infalibilidad de sus sedicentes "expertos". Complementando las dos aducidas aseveraciones, se ha procedido a establecer una conexión, aparentemente lógica, entre ambas modalidades, induciendo del parangón la siguiente consecuencia: la eficiencia norteamericana se acentúa y fortalece, en la misma medida en que se incrementa el número y la calidad de los "expertos". Pese al aspecto lógico de que parece ser portadora la anterior versión o construcción dialéctica, a la misma debemos oponer un reparo que pretende revestir la condición de sustancial y cuya enunciación contribuirá a esclarecer el propósito que perseguimos, ofreciendo al lector de esta Revista un trabajo de carácter crítico.

La aparición del "experto" en los medios norteamericanos, responde a una exigencia que reputamos de necesidad biológica. Norteamérica es un país construido a escala continental; este factor dimensional no ha sido tenido en cuenta (sobre todo en la medida necesaria), por cuan-

tos, desde estas tierras de la vieja Europa pretenden adentrarse en las innegables complejidades, que a todo observador atento, ofrece la experiencia norteamericana y acaso en esta distracción encontremos la causa explicativa del fallo, registrado por cuantos europeos han emprendido la difícil tarea de ofrecernos una adecuada exégesis de lo que realmente significa Norteamérica, en su actual y destacada proyección internacional.

Para los norteamericanos, nosotros, los europeos (y sobre lo que representa este reproche hemos de tornar en otra parte del presente trabajo) somos víctimas de lo que ellos reputan, como pernicioso e incurable "parroquialismo", por considerar que un espíritu avezado a la utilización de criterios parroquialistas, difícilmente puede abarcar con su mirada lo que constituye una realización de alcance archidiocesano. Así, el factor, aparentemente geométrico de la distancia, cobra aquí un rango que resultaría imprudente desdeñar, ya que el norteamericano, prisionero de la obsesión dimensional, para superar este obstáculo de tipo espacial, ha debido proceder a una calificación de actividades, asignando misiones específicas a determinados grupos de ciudadanos —los expertos—. Sólo de ese modo puede instaurarse un sistema de división del trabajo que, realizado con posibilidades armónicas, posibilite la urgente tarea de articular convenientemente la compleja máquina norteamericana. En esencia, el norteamericano ha reputado como medida prudente y necesaria a la vez, el atenerse a la clásica y precautoria advertencia española: "zapatero a tus zapatos".

Ahora bien, ese sistema constructivo, tan aparentemente seductor, no está exento de graves riesgos, por cuanto el "experto", si ha de responder al significado sustancial de tal denominación, debe rehuir un peligro: el ser "experto" tan sólo en sentido rotulario, riesgo evidente habida cuenta de que la figura del "experto" no se construye de acuerdo con normas principales y ateniéndose a sistemas de valoración, precisos y sin riesgos. Esa vaguedad y semejante imprecisión, en lo que atañe al proceso genésico que antecede a la consagración de un hombre o un grupo de hombres, como "expertos", encierra una peligrosidad que es de fácil determinación. Al "experto", por considerarlo como tal, se le asigna una especie de infalibilidad, que a la vez implica la concesión de un crédito de confianza, prácticamente ilimitado, en todo lo que atañe a la exactitud de sus decisiones y a la incontravertibilidad de sus consejos. De ahí una consecuencia: cuando seguimos sin dis-

crepancia, ni siquiera con leves reparos o prudente precaución, los consejos del "experto", nos embarcamos en una arriesgada aventura, en el supuesto de que el técnico nos haya conducido por rutas que sólo pueden implicar el establecer contacto con un auténtico callejón sin salida. Riesgo tanto más presumible, cuanto menos pueda reducirse la tarea del "experto" a manejar fórmulas precisas o a utilizar datos innegablemente técnicos. Ello explica que la tarea tendiente a erigir y acatar "expertos", resulte de difícil realización, cuando el técnico ha de operar sobre conceptos abstractos o servirse de elementos portadores de un evidente riesgo, por cuanto su ámbito se ensancha en la misma medida en que el "experto" ha de actuar respecto de problemas, portadores de un dilatado margen o a los cuales se les asigna una acentuada elasticidad.

El apuntado peligro sería dable referirlo a distintos aspectos de la actividad humana, pero acaso el ejemplo más adecuado podría brindárnoslo un problema de palpitante actualidad y de complejidad evidente: perfilar, de modo adecuado, lo que ha de entenderse como política internacional, cuya práctica resulte aconsejable y hasta insustituible para los Estados Unidos de Norteamérica. Que en Washington, D. C. existe una Secretaría de Estado y que a la misma se asigna la difícil y arriesgada tarea de encauzar adecuadamente la actividad de los Estados Unidos en el campo de las realizaciones internacionales posibles, no quiere necesariamente decir que el instrumento responda a la finalidad que le han asignado sus creadores. La anterior apreciación diríase más admisible que arbitraria, si tenemos en cuenta que el modo adecuado para determinar la eficiencia de toda política internacional —abstracción hecha de los factores de lugar y tiempo— consiste en indagar si los llamados a lograr su articulación logran liberarse de los peligros de la perplejidad que sobre la misma se cierne, ya que a nuestro entender, la perplejidad engendra sucesivas rectificaciones, cuya aplicación progresiva en nada contribuye a esclarecer la política internacional; por el contrario, acentúa en quien padece tal achaque, la desorientación.

Debe tenerse en cuenta que la perplejidad no es situación de espíritu que pueda prolongarse impunemente, ya que si el hombre perplejo resulta ser un ente maniatado, ese epílogo paralítico no puede admitirse en lo que atañe a los problemas de política internacional con

que un pueblo se ve enfrentado y para liberarse de ese atenzamiento, no resta más posibilidad que actuar, constreñido quien así procede, por la proyección de factores emergentes y entonces, de modo inevitable, caemos en la improvisación, achaque calificado de mal de inmediatez, según un muy difundido léxico posbélico. La proyección coincidente de los apuntados elementos, da nacimiento a ese mal posbélico, que tantas glosas y tantos intentos explicativos ha generado: la angustia, achaque de no tan difícil caracterización como algunos han supuesto, ya que, en definitiva, no es otra cosa que reflejo específico de un mundo posbélico, que arrastra consigo una mácula: incapacidad para encarar el futuro con una mínima capacidad de anticipación. Ante esa falla respecto de las predicciones, el mundo posbélico se ha refugiado explicablemente en lo que se denomina, indistintamente, momentismo o inmediatez, inclinaciones reactivas semejantes en el orden sustancial, aun cuando disímiles en grado; el momentismo no es otra cosa que inclinación reducida a vivir el minuto presente, considerando imposible rebasar ese factor temporal; el inmediatez constituye una etapa avanzada del momentismo, ya que aspira a entrever lo que se considera como próximamente realizable en el orden del tiempo; pero ambas inclinaciones, en definitiva, nos mantienen en la incómoda situación de prisioneros, respecto de la denominada angustia posbélica, de cuyos efectos, por las razones antedichas, no logramos libertarnos.

II

George F. Kennan y sus ensayos interpretativos de la política internacional norteamericana.

Si todo lo que dejamos referido resulta ser adecuado reflejo de una situación indeseable, parece evidente que el mal que nos aqueja a todos genéricamente, cobra más acentuados perfiles de achaque sinietro referido a pueblos que, por acumular una enorme suma de poder, no pueden rehuir la responsabilidad que les alcanza en este período posbélico, habida cuenta del grado de su potencial protagonismo; tal es el caso de los Estados Unidos de Norteamérica. De ahí el explicable interés que en nosotros suscita todo intento encaminado a derramar un poco de claridad sobre este confuso panorama internacional posbélico, en lo que atañe a la posición dialéctica de los Estados Unidos de Nor-

teamérica respecto del mundo exterior. Ello justifica a su vez el que prendamos nuestra atención, frente a todo intento, encaminado a esclarecer este problema. Por ello, se explicará el lector que hoy traigamos a estas páginas el nombre de George F. Kennan, reputado en Norteamérica —no sin motivo— como uno de los más reputados exégetas de la política internacional estadounidense.

Apresurémonos a consignar que, a nuestro entender, Kennan no responde exactamente a lo que en Norteamérica se considera como un “experto”, ya que no es factible desligar tal apelativo de una perceptible inclinación rígida y axiomática, explicable en quien se cree en posesión de una sedicente superioridad exegética y cuenta de antemano con la ventaja de que la supuesta infalibilidad que se la asigna y le libera de los efectos entorpecedores, provinientes de la aparición en escena de temibles discrepantes. George F. Kennan no define con la suficiencia propia del experto. Toma los problemas, tal y como se le ofrecen y, percatado de la complejidad de que son portadores, sabe no departirse del camino de la prudencia. Esto aparte, así como el experto norteamericano suele, en ocasiones, aflorar a la superficie tras un proceso confuso, respecto del cual, más que producto, resulta ser una especie de hábil explotador de una determinada y tentadora coyuntura, George F. Kennan no apareció como definidor de la política internacional norteamericana por la vía de la sorpresa, ni a caballo de una imprudente improvisación; durante veintisiete años prestó servicios en el Departamento de Estado de Washington, D. C., como director del “State Department’s Policy Planning Staff” y como consejero del citado Departamento, desde 1947 a 1950, pasando a ocupar, por no mucho tiempo, el puesto de embajador en la U. R. S. S., en 1952, sin que a lo largo de esa etapa haya creído oportuno abandonar el anonimato, propio de quien participa en tareas delicadas y que requieren la puesta en práctica de una inalterable discreción, ya que; como veremos, su primera aportación como publicista, apareció, discretamente oculta, tras el pseudónimo de Mr. X (1). Los dos trabajos, originariamente ocultos tras el pseudónimo, forman parte integrante del primero de los

(1) Mr. X, “The sources of Soviet Conduct” (Foreign Affairs, XXV, núm. 4, July 1947).

Mr. X, “America and the Russian Future” (Foreign Affairs, XXIX, núm. 3, abril 1951, págs. 351-70).

dos libros hasta el presente publicados por Kennan (2), en cuyo primer libro se incluye igualmente el texto, *in extenso*, de seis conferencias, dictadas en la Universidad de Chicago en 1951. Posteriormente el embajador Kennan pronunció un curso de conferencias, en marzo de 1954, en "Stafford Little Lecture Series", editadas en un volumen, en mayo de 1954 y que constituyen el texto del último de los libros hasta el presente publicados por Kennan (3). Nos parece innecesario consignar que al trabajo que hoy ofrecemos a los lectores de estos *Cuadernos*, antecedió no sólo una atenta lectura de los dos citados volúmenes, sino el acotamiento y glosas marginales de muchos de los párrafos de ambos tomos, que así han sido objeto de una auténtica disección por nuestra parte, reposada tarea analítica, sobradamente merecida, habida cuenta del alto interés que encierran las páginas que seguidamente nos proponemos resumir y apostillar.

Perdónenos ante todo el autor que nos departamos del método por él puesto en práctica, y en vez de iniciar nuestra tarea comentando los citados artículos publicados en revista neoyorquina "Foreign Affairs" y que ostentan la primacía en el orden cronológico, hagamos expresa y única mención del capítulo VI de su obra "Realities of American Foreign Policy", capítulo titulado "El factor de unificación". Acaso el lector se muestre sorprendido por esta alusión, acentuadamente circunscripta a un solo aspecto de los muchos problemas que se abordan en los dos citados volúmenes, pero sirva de excusa a lo escueto de nuestra cita, la doble consideración de que en dicho capítulo se condensa lo que pudiéramos considerar como sustancia del pensamiento de Kennan y de que es nuestro propósito reanudar y ampliar en otra ocasión, las glosas que hoy ofrecemos al lector de estos *Cuadernos*.

En la última de las conferencias, dictadas por Kennan en la Universidad de Princeton, anuncia la realización de un propósito que estimamos trascendente, ya que el autor nos dice sustancialmente lo que sigue: hasta ahora he hablado, más de lo que debimos hacer que de aquello que debemos realizar; hoy abordaré el problema del aspecto positivo de la política internacional norteamericana. Como el lector

(2) "American Diplomacy", 1900-1950. (The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1951, IX, 154 páginas.)

(3) "Realities of American Foreign Policy". (Princeton, New Jersey, 1954, 120 páginas.)

puede percibir, el propósito enunciado es ambicioso; de ahí la necesidad de resumir aquí, con la máxima fidelidad a nuestro alcance, lo entonces aseverado por George F. Kennan, para más tarde apostillar lo que ha sido construcción dialéctica del ex embajador de los Estados Unidos en Moscú.

III

El problema ruso según la versión de Kennan (alteraciones en el área política de la U. R. S. S. y en lo que atañe al mundo que circunda a Rusia).

Explicablemente, Kennan presta especial atención al análisis de la experiencia soviética y considera que los cambios en la estructura político-social rusa, han de producirse en el seno mismo de la U. R. S. S. y que, una vez iniciados, pueden ser fortalecidos por la acción concorde de los Estados Unidos y del mundo libre. Kennan se hace eco de una objeción así formulada: no se concibe cómo este cambio pueda generarse y, aun en el caso de producirse, trataríase de un proceso acentuadamente lento en su desarrollo, a lo cual Kennan replica así: no existe nación en el mundo que pueda considerarse inmune, en lo que atañe a la modificación de su sistema político-social; ¿es que se cree que el sistema instaurado en Rusia es tan perfecto que pueda perdurar indefinidamente sin alteración? No es necesario referirse a un futuro incierto e impredecible, ya que se han registrado cambios, como el que va del leninismo al stalinianismo, y el hecho de que ese *something else* no haya sido diáfanoamente percibido, no quiere decir que no exista. Así, Kennan alude a un proceso de alteración en las relaciones de Moscú con el mundo satelitizado, cuyos efectos aún no son visibles, pero que cuentan en el proceso de desarrollo del régimen soviético.

En las anteriores apreciaciones de Kennan, se registra una imprecisión poco confortadora, por cuanto si, como el autor asevera, un proceso de alteración está en marcha, lo adecuado sería perfilar hasta donde ello resulte factible, cuáles son los elementos determinantes de la citada metamorfosis. Kennan debía tener presente que la ortodoxia soviética es portadora de una afirmación básica, a saber, que la revolución de 1917 debe reputarse como fenómeno epilodal y que, por tanto,

cualquier nuevo intento revolucionario será considerado como delito de alta traición y, consiguientemente, implacablemente yugulado. A nuestro entender en esa afirmación de conservadurismo político, en esa inelasticidad proclamada, puede encontrarse el talón de Aquiles del régimen imperante en Rusia, encuadrado por los dirigentes en el área dilemática de cristalización definitiva e irreparable o explosión. No existe régimen político capaz de prolongar su existencia, si no acepta la plural condición del margen y la elasticidad; y todo sistema que prescinda de ambos elementos de maniobra, se condena irremediamente a la eliminación por la violencia, a menos que se opte por aceptar lo que parece monstruoso: la vitalidad ilimitada en el tiempo, de un sistema político determinado. Kennan, a nuestro entender, debió asignar imprescindible beligerancia a un hecho que se nos viene ofreciendo en Rusia: que las acciones, más o menos tímidamente orientadas al logro de alteraciones, engendran irremediamente una reacción cuya finalidad no es otra que retrotraerse al punto inicial de partida, y como nada hace suponer que esa técnica de las contraofensivas sea abandonada, la consecuencia salta a la vista: más tarde o más temprano, en esa pugna entre lo activo y lo reactivo, las coyunturas pueden favorecer al primero; entonces advendrá el choque y, como consecuencia del mismo, un cambio en la estructura político-social de Rusia, generado irremediamente a través de la violencia. George F. Kennan, no sólo enfoca el problema ruso referido al área específica de la U. R. S. S. Pretende completar su exégesis refiriéndose a aquellos sectores del mundo donde, por unas u otras razones, puede acusarse la presión comunista, logrando la inclusión en el ámbito ideológico ruso de ese mundo perplejo y oscilante. Considera Kennan que en esos sectores indecisos se registra más bien la influencia de factores emocionales que racionales, y piensa que sería fácil tarea para los Estados Unidos el explotar esos estados emocionales adoptando la técnica del Kremlin, consistente en ofrecer a los perplejos ventajas inmediatas o bienes remotos, para así lograr, mediante ese sistema plural dialéctico, la esclavización de los perplejos. Cree Kennan en la posibilidad de influenciar esas áreas donde impera la incertidumbre, pero todo ello con prudencia y cautela, no adoptando posiciones dilemáticas y haciendo saber a los vacilantes que no les resta más posibilidad que la de elegir entre Rusia y los Estados Unidos.

El lector habrá apreciado que, sin emplear específicamente la denominación, Kennan aboga por la puesta en práctica de la política de contención (*containment policy*). Sólo respecto de esta última propugna la acción positiva de los Estados Unidos, ya que en lo referente a la *roll-back policy* (cambios en la propia estructura interna de la U. R. S. S.), Kennan parece inclinado a entregar a la historia y a lo que considera leyes inexorables del devenir, la tarea de alterar sustancialmente la estructura político-social de Rusia, lo cual equivale a prolongar, en el orden del tiempo, la actual situación inquietante y posbélica generada por la existencia de dos mundos inevitablemente discrepantes y potencialmente hostiles, lo cual implica una tenebrosa consecuencia: alargar temporalmente esta inestabilidad posbélica que priva al mundo, alumbrado en el año 1945, de toda esperanza encauzadora respecto del futuro, prorrogando en la misma medida la posibilidad de galvanizar los sistemas de la "paz fría", de la "guerra fría" y de las "ofensivas de paz".

Si quien consulte estos renglones conoce las concepciones de Kennan que estamos reflejando y valorando a la vez, posiblemente nos opondrá una no desdeñable objeción así formulada: Kennan, en la parte final del capítulo a que dejamos hecha alusión, parece alejarse de la imprecisión que nosotros le reprochamos, habida cuenta de que formula una serie de lo que él mismo denomina conclusiones; veamos, ante todo, cómo Kennan consigna esas conclusiones.

IV

Las consideraciones de George Kennan sobre el mundo interpuesto y respecto al declinar de la "balance of power" (análisis y crítica de las concepciones de Kennan respecto a la decadencia del sistema del equilibrio político y la actual y defensible versión de la técnica de la "balance of power").

En primer término alude Kennan al problema de lo que el autor denomina mundo interpuesto (*in-between countries*) y al equilibrio. La etapa posbélica que subsiguió al año de 1945 es la de bi-polaridad; ese período se ofrece hoy en su aspecto declinante para facilitar el paso a la aparición de algo que adviene con nuevo vigor e indudable trascendencia: la aparición, no del mundo específicamente ruso, sino

de una inmensa área intermedia; así nos encontramos frente al delicado proceso de transición de un patrón simple a otro complejo y el problema consiste en adaptarse a esas nuevas exigencias, para lo cual es preciso fomentar adecuadas relaciones con las naciones interpuestas. No se trata simplemente de restaurar el equilibrio, que ha sido alterado como consecuencia de un distinto modo de producirse el reparto del poder sobre la tierra, modificación determinada por la guerra de 1939 a 1945, ya que cuanto alcanzásemos en el orden militar, lo perderíamos en el terreno político; seríamos algo semejante al hombre que levanta una barricada en la fachada principal de su morada, dejando desguarnida la parte trasera, por donde podía penetrar impunemente el enemigo. Lo que las naciones intermedias —continúa diciendo Kennan— esperan de Norteamérica, no es que les enseñemos cómo debe ser combatido el comunismo, sino cómo puede convenirse con ellas, en mutuo beneficio, sin supeditaciones ni coacciones realizadas a sus expensas.

De las anteriores alegaciones acumuladas por Kennan, parece lícito deducir una plural consecuencia: el autor cita y valora dos elementos calificativos: el equilibrio político y el coexistencialismo; una y otra mención sobradamente merecen que les dediquemos algunas apostillas.

En lo que atañe al principio de la *balance of power*, digamos que este sistema nunca figuró entre las predilectas inclinaciones de los Estados Unidos; antes bien, los norteamericanos mostraron su clara hostilidad hacia dicho sistema, y ello por una triple y explicable consideración: 1.º Tratábase de una concepción, genésicamente europea, practicada, sin discontinuidad y con mejor o peor fortuna por el viejo mundo durante cuatro siglos, y es bien sabido cómo los que fundaron en tierras norteamericanas una patria libre y soberana exteriorizaban indefectiblemente su temor al verse alcanzados por los efectos de una infección proveniente de tierras europeas: de ahí los consejos encaminados a lograr una deseable liberación respecto de las complicaciones del viejo mundo, que Washington consideraba a la vez como ajenas e indeseables. No se olvide que a las repercusiones del sistema (cuando se intentó su exportación a tierras hemisféricas) se debió la aparición del principio de política internacional de más prolongada vigencia de cuantos conoció Norteamérica: la Doctrina de Monroe no menos imprecisa, vacilante y contradictoria que el sistema del equilibrio político imperante en Europa, tesis que hemos abordado, con visible extensión, en

libro dedicado al análisis del proceso histórico y evolutivo de la citada Doctrina (4). 2.ª Transplantar al nuevo mundo el sistema, más específicamente británico que genéricamente europeo, de la *balance of power*, equivalía a despojar a los Estados Unidos de su potencial hegemonía, visiblemente remolcada por la fórmula místico-política del denominado "destino manifiesto". Implantar en el Hemisferio Occidental el sistema del equilibrio político, equivalía no sólo a alterar el proceso histórico de Norteamérica en período inicial, sino que afectaría íntegramente a la evolución del Nuevo Mundo a lo largo del siglo XIX, y aun cuando siempre resulta ser improcedente referirse a lo que pudo ser y apoyarse en tales conjeturas para inducir determinadas consecuencias, ello no impide reflexionar respecto de un extremo: el provincialismo, achaque del cual no logró liberarse enteramente hasta el presente la América de ascendencia hispánica (síntoma del cual, como veremos, tampoco le fué dable desprenderse enteramente a la propia Norteamérica), podría acaso no ser íntegramente eliminado, pero sí atenuado merced a una más acusada proyección del sistema europeo exportado a tierras hemisféricas, actuando como elemento de aglutinación y señalando al mundo americano, situado al sur del Río Grande, cuál era el exacto rumbo a emprender para garantizar su destino, reflejado en una imprescindible acción coherente que pudiera operar, a guisa de contrapunto, respecto de la innegable hegemonía de los Estados Unidos de Norteamérica. Ello no fué factible porque la hostilidad hacia el sistema de la *balance of power*, generada en Norteamérica, encontró perceptible eco en la América de origen ibérico, contagio paradjico y que parece revelar la miopía dialéctica de los contaminados. Tardía e inútilmente intentó reaccionar Iberoamérica cuando el mal ya no podía ser objeto de neutralización, nos referimos a la creación, a impulsos de una emergencia que la condenaba al fracaso, de esa especie de antibiótico, reflejado en la creación del grupo A. B. C., ideado para actuar como fuerza compensatriz de la preeminencia norteamericana, en época y coyunturas, que resultaban convertir el designio en además claramente anacrónico. Pero el intento fallido retiene su valor como ejemplo en cuanto demostración evidente de que no todo debió ser desdén sistemático respecto del sistema del equilibrio político, encarado

(4) CAMILO BARCIA TRELLES, *Doctrina de Monroe y cooperación internacional* (Editorial Mundo Latino, Madrid, 1931, 741 páginas).

especialmente en lo que tenía para el Nuevo Mundo, de significación geopolítica. 3.º Tal vez la causa explicativa de la hostilidad que en el Nuevo Mundo generó el intento europeo de exportar a la otra orilla del Atlántico la técnica de la *balance of power*, debamos indagarla en consideraciones de tipo ideológico por cuanto los Estados que integraban la Santa Alianza —a la sazón auténtico cadáver insepulto, sobre todo después de consumarse la defección británica—no intentaban otra cosa que el galvanizar el sistema colonialista en América, ya que con el pretexto de prorrogar la soberanía de Fernando VII en tierras del Nuevo Mundo, lo que se perseguía no era otra cosa que el extender al Hemisferio Occidental el condenable sistema de repartos, iniciado al epilogar el siglo XVIII, a medio del censurable despedazamiento de Polonia. Designio de visible torpeza política al intentar su extensión al Nuevo Mundo, por cuanto no sólo amenazaba a las naciones americanas que luchaban por la consecución de su independenciam, sino que, implícitamente, afectaría al proceso político de la revolución norteamericana e impediría que fuese realidad el *destino manifiesto*, inclinación que permitió elevar a 48 el número de los 13 Estados originarios norteamericanos. Pero, aun malogrados los designios de la Europa legitimista, el intento produjo tal impacto en el pensamiento norteamericano que, aun rebasada esa etapa de emergencia y riesgo, los Estados Unidos, impelidos por aquella hostilidad inicial respecto del colonismo y de los insensatos designios respecto de su posible prórroga, mantuvieron sin discontinuidad esa sistemática inclinación anticolonista que tan perniciosas consecuencias había de implicar, no sólo en la prematura concesión de independenciam a determinados territorios pertenecientes a las potencias europeas, sino en la siembra de una muy difundida y acentuada inquietud en el amplio mundo irredento, malestar que tanto contribuyó a la aparición del malestar posbélico y en tan enorme medida facilitó la acción disgregadora de Rusia, proyectada sobre el mundo colonial, aun cuando la U. R. S. S. aparezca paradójicamente portadora de una inclinación coetánea y atrozmente contradictoria: siembra de inquietudes y oferta de cooperación a los pueblos coloniales que aspiran a la manumisión y puesta en acción del más cruel de los colonismos, no sólo inédito, sino monstruoso: la satelitización de las naciones próximas y colindantes, previamente ocupadas militarmente por la U. R. S. S., a caballo de cuyo instrumento coactivo instaló Rusia en esa zona periférica el más cruel de los imperialismos.

Hemos intentado explicar y hasta justificar el porqué de la hostilidad norteamericana hacia el sistema de la *balance of power*, y realizamos ese esfuerzo demostrativo para comprender cómo Kennan participa en esa inclinación dialéctica, que se traduce en la falta de fe e incluso en la animadversión respecto del sistema del equilibrio político. Mas ello no impide, antes bien, aconseja, que requiramos la atención del autor glosado sobre dos extremos: 1.º El sistema del equilibrio político no debe considerarse como enteramente desdeñable, ni tampoco como auténticamente absoluto, apreciación que intentamos apoyar dialécticamente planteando e intentando dar adecuada réplica a la siguiente interrogante: ¿Cuál es la causa explicativa de que Rusia, pese al ocaso de Malenkov y a la ascensión, que reputamos no será menos meteórica, de Bulganin, se avenga parlamentar con el mundo libre y discutir los problemas, pendientes de solución desde 1945? Se dirá: Rusia no desdeña explotar cuantas ocasiones se le presentan de actuar desde una tribuna que le depare ocasión de prorrogar e incidir en su campaña propagandística y que no resultaría imposible para la U. R. S. S. achacar un no descartable fracaso de la planeada reunión a la incomprensión de las sedicentes naciones imperialistas. Si lo que antecede es evidente, ello no quiere significar que con tal apreciación se agote todo el margen de verdad y el complemento explicativo pudiera ser el siguiente: incuestionablemente, el sistema de la *balance of power*, específicamente considerado, no puede constituir elemento resolutivo de los grandes problemas internacionales planteados en la hora presente, pero es dable atribuirle la condición de antecedente preciso para entablar diálogos que puedan conducir a epílogos relativamente positivos. Dicho en otros términos: la significación y eficiencia de la *balance of power* varía en función de la finalidad que le asignemos; tradicionalmente, el equilibrio político se destinaba al logro de una finalidad específica: evitar la instauración, en tierras europeas, de una inquietante hegemonía, y como habitualmente el designio hegemónico se generaba por consideraciones emergentes, es comprensible que las coaliciones —tanto las planeadas para alcanzar una hegemonía, cuanto las articuladas para malograrla— se nutriesen de elementos heterogéneos, y como tales, inadecuados para proveer al equilibrio político de un deseable carácter orgánico, único modo de asignarle posibilidades de condicionada permanencia. No es ésa la característica del equilibrio,

a cuya posible instauración se tiende en los instantes presentes, ya que así como en otros tiempos el equilibrio se alimentaba del sistema aleatorio y episódico de las alianzas, hoy, con más acertada visión, se tiende a dotarlo de elementos integrantes que puedan concurrir en el sentido de posibilitar, si no su deseable permanencia, cuando menos su prórroga a lo largo de un dilatado espacio de tiempo. No era otra la finalidad perseguida por los animadores de la denominada Comunidad Europea de Defensa, aspiración de naturaleza compleja y, en tal sentido, perceptiblemente orgánica, por cuanto se ambicionaba construir una Europa, aglutinada en el triple sentido, militar, económico y político, ambición inédita en los anales históricos del viejo mundo y que acaso por revestir tal condición se malogró, dando paso a un intento menos ambicioso, representado por los Protocolos de Londres y los Acuerdos de París, de 1954, unos y otros de perceptible inspiración británica y ambos reflejados en el propósito de reactualizar, ampliándolo, revisándolo y fortaleciéndolo, el Tratado de Bruselas de 17 de marzo de 1948. Ejemplo aleccionador, en el sentido de cómo el afán de prorrogar inadecuadamente un protagonismo obsoleto (caso de Francia) puede conducir a posibilitar que sea otro el que se instaure —en este caso el inglés—. Aun cuando los Acuerdos de París constituyen un ejemplo de clara regresión cuando se les parangona con las estipulaciones contenidas en el Tratado de 27 de mayo de 1952, es lo cierto que su aprobación por los Parlamentos de los siete Estados signatarios ha dado nacimiento a una situación de hecho que permitirá al Occidente dialogar con Rusia en un relativo pie de igualdad, establecimiento de contacto, irrealizable e indeseable a la vez, en tanto Rusia no tenía ante sí más que la explotable realidad de una Europa occidental desacorde, por cuanto en el seno de la misma actuaban fuerzas de dispersión, tales como la secesión, el tercerismo, la nostalgia de pasadas alianzas, el temor a un renacimiento militar de Alemania y la acción corrosiva de los denominados compañeros de viaje, pasajeros vergonzantes, instalados en el buque patroneado por Rusia. Así Europa actualmente se encamina hacia la realización de un sistema de equilibrio, hoy potencial y acaso objeto de consumación en un próximo porvenir. 2.º George F. Kennan debió no olvidar que los Estados Unidos, rompiendo con su pasada animadversión respecto del equilibrio e inaugurando un nuevo período histórico, han sido los inspiradores y animadores del Pacto del Atlántico, convenio

cuya finalidad, entre otras, persigue como objetivo el instaurar en Europa, con ambición de condicionada permanencia, el sistema de la *balance of power*. Aspecto del problema que nadie debe desdeñar y menos que nadie un internacionalista norteamericano como lo es George F. Kennan. Mucho podríamos consignar aquí sobre tal extremo, pero como no gustamos de reiterar lo que ya hemos manifestado anteriormente, nos limitamos a remitir al lector de estos renglones a lo por nosotros aducido en otro lugar (5).

Las anteriores consideraciones parecen haber escapado a la fina percepción de George F. Kennan, ya que en el supuesto de haber sido tenidas en cuenta impedirían al embajador norteamericano valorar, con lo que nosotros reputamos de inadecuado desdén, lo que aún puede pesar sobre la dinámica internacional, especialmente si el sistema de la *balance of power* se acopla a las exigencias específicas del actual período posbélico.

V

El inevitable protagonismo de los Estados Unidos; cómo Kennan lo interpreta y valora (egocentrismo y aislacionismo, la dificultad de su arrumbamiento y el peligro de la fluidez; el riesgo de caer en el vacío internacional o en el paternalismo).

Hasta aquí Kennan aludió preferentemente a lo que él estima como fruto del pasado, respecto del cual los Estados Unidos se consideran más o menos abiertamente desligados. Ahora el autor va a hablar, en términos genéricos, de los deberes que a los Estados Unidos impone su condición de potencia columbrante. No es esta alusión ciertamente la menos interesante de cuantas nos brinda Kennan, destinada a calcetar su trama dialéctica. He aquí un sumario de lo que alega Kennan: se aludiera a los objetivos iniciales de la sociedad norteamericana y a los limitados conceptos de la política internacional en esos años inaugurales, criterios que, según Kennan, no han perdido enteramente su fragancia; lo que se precisa es ampliar esos objetivos, adaptándolos a

(5) CAMILO BARCIA TRELLES, *El Pacto del Atlántico*. Editorial Instituto Estudios Políticos. Madrid, 1950. (Véase especialmente Capítulo IX, titulado "El Pacto del Atlántico y el equilibrio político", págs. 281 a 307.)

la presente estructura de los Estados Unidos. Para ello se impone una medida: huir del egocentrismo, que aun hoy amenaza la vida de los Estados Unidos y que resulta impracticable desde el momento mismo en que una experiencia, originariamente nacional, ha de enfocarse hoy en inevitable conexión con el mundo circundante. Para Kennan, los Estados Unidos son como el niño en un mundo adulto, tentado a poner en práctica un típico egocentrismo que el autor reputa de además inadmisibile, por cuanto los Estados Unidos, resulteles o no grato, son miembros de una comunidad internacional, y ello obliga a Norteamérica a aceptar sacrificios y reajustes en la vida doméstica para el bien y la salud del mundo en general. No es suficiente tomar asiento en tribunas donde pudieran ser tratados problemas de modo diferente a como, hasta el presente, han sido encarados. Frecuentemente aludió Kennan a los entusiastas de la idea del gobierno mundial, a los cuales les asiste razón en el sentido de que los Estados Unidos no pueden resolver el problema de sus relaciones con el mundo si, previamente, no adaptan su vida, en lo posible, a la de otros pueblos; nada más fatal que intentar la expansión del sistema norteamericano acudiendo a medios violentos; antes bien, debe encontrarse una apoyatura voluntaria para adaptar las necesidades norteamericanas a las de otros pueblos. Ello no quiere decir que Kennan propugne lo que él denomina *union now*, por cuanto los Estados Unidos no están todavía maduros para unirse a otras naciones si previamente no sellan y ultiman su propia unión.

Si hemos logrado penetrar en todo lo que existe de sutileza dialéctica en las apreciaciones de Kennan, que acabamos de esquematizar, estimaríamos adecuado colegir que el autor propugna, ante todo, la necesidad de sepultar, sin posterior exhumación posible, el egocentrismo, denominación que nosotros hemos reemplazado siempre por otra que estimamos más adecuada: el aislacionismo norteamericano (6). Claro que una cosa son los deseos, laudables, que expresa Kennan, y otra, bien distinta, lo que atañe a la posibilidad de su realización, y Kennan, en su calidad de norteamericano, familiarizado con los problemas internacionales y destacado captador de su complejidad, sabe que el egocen-

(6) CAMILO BARCIA TRELLES, *Estudios de Derecho de gentes y de política internacional*. Instituto Francisco de Vitoria. Madrid, 1948. (Véase especialmente el capítulo titulado "Origen, evolución y destino del aislacionismo norteamericano", páginas 179 a 225.)

trismo o aislacionismo no es inclinación que pueda ser definitivamente arrumbada por el solo hecho de que se registren reacciones frente a lo que estimamos perniciosa inclinación con un ademán condenatorio, por cuanto no es tarea fácil para un pueblo desprenderse de un complejo que, precisamente por su fondo mítico, ha podido ser manipulado con el margen, la elasticidad y la imprecisión, específicas de todo lo que es vago e inconcreto. Persiste incuestionablemente en ciertos medios norteamericanos la añoranza del aislacionismo, muchas veces alimentado dialécticamente por quienes, siendo aislacionistas en sus modalidades hermenéuticas, creen, de buena fe, que se han liberado enteramente de la proyección ejercida por tal inclinación reactiva. Aquí reside precisamente el peligro: en la fluidez del aislacionismo, nutrido, dialécticamente, en parte, por sus tozudos apuntaladores, pero también fortalecido por la aportación de los que, inconscientemente, cooperan a su enriquecimiento dialéctico sin darse cuenta de ello claramente.

Con lo anteriormente aducido no creemos haber agotado la cuestión que genera esta especie de galvanización del aislacionismo. Restan otros aspectos del problema que juzgamos inadecuado silenciar.

Si suponemos que, al fin, sin disparidad perceptible, los norteamericanos se deciden a inhumar el aislacionismo, tal operación funeraria, respecto de un cadáver, hasta el presente insepulto, con el vacío que tal ausencia implicaría (a este problema aludiremos en la parte final del presente capítulo), daríase nacimiento a una inquietante carencia, ya que entonces sería obligado preguntarse: el vacío dejado por la eliminación del egocentrismo norteamericano, ¿cómo puede ser colmado? Porque algo hay que nos parece evidente: no existe pueblo alguno (y menos aún una nación tan poderosa como los Estados Unidos) al cual le sea permitido aducir, a guisa de excusa, que no tiene ante sí más porvenir que el de una dramática parálisis, generada ésta al romper con un pasado, que dura virtualmente, desde 1872. Kennan se da cuenta de lo que este trance histórico significa, y por eso aboga, según hemos tenido ocasión de consignar, por la práctica de una política internacional positiva. Ahora bien, lo que así se propugna puede conducir a una técnica extremosa, no menos condenable que la inhibitoria, cuyo abandono se aconseja, ya que los Estados Unidos pudieran ser víctimas de un pernicioso espejismo, considerando que la puesta en práctica de aquellos factores instrumentales, que han posibilitado su actual potencia, pueden

ser manipulados con ademán extensivo, exportándolos a otras latitudes y universalizando así lo que ha sido la magnífica experiencia norteamericana. Ambición irradiante, que proveería a la política internacional norteamericana de un sentido paternal, no sustancialmente muy distinto de aquello incluido en la denominación, más declamatoria que evidente, del imperialismo norteamericano. De ese modo el achaque por defecto, que hoy inscribimos en el modo de actuar internacionalmente los Estados Unidos, sería reemplazado por la técnica del exceso, mucho más indeseable que el aislacionismo, hoy, por muchos y acaso precipitadamente, incluido en la categoría de lo obsoleto. Es éste el gran paso que los Estados Unidos han de dar, quieran o no, y el trance del paso de lo obcecadamente negativo a lo, acaso, excesivamente positivo no está ciertamente exento de acentuada peligrosidad, no sólo para el denominado mundo libre, sino para los propios Estados Unidos. Es este período histórico, el que estamos presenciando con explicable inquietud y que, generado en 1945, llega en su proyeccionismo hasta el instante presente, trance cuya gravedad no podía ocultársele a George F. Kennan, y del cual se hace eco en las conclusiones finales de su trabajo, que sustancialmente pueden reducirse a tres y que reflejamos en los renglones subsiguientes.

VI

Parroquialismo europeo y provincianismo norteamericano; contenido dialéctico de ambas inclinaciones; las contradicciones en que incurren los norteamericanos.

Kennan se encara aquí con un fenómeno incuestionablemente deplorable. A este propósito es curioso aludir a un problema de fondo paradójico: los norteamericanos, no sin aparente razón, reprochan a Europa occidental su parroquialismo y no aciertan a comprender cómo el viejo mundo se empeña en prorrogar la vigencia de lo que desde la otra orilla del Atlántico norte se consideran como municipios, obstinándose en considerarlos como si fuesen auténticos Estados soberanos e independientes. Si los Estados Unidos supieron salvar este bache del provincialismo, construyéndose a escala continental y fundiéndose en una sola nación 48 Estados, alguno de los cuales es más extenso que cualquiera de las naciones occidentales europeas, ¿por qué Europa, con su innega-

ble genio creador, al cual tanto adeudan los Estados Unidos, no ha podido reiterar en estas latitudes la experiencia aunitiva y federalizante de los Estados Unidos de Norteamérica? Preside una indudable buena fe a los que formulan, con simbólica insistencia, tal reproche; mas ello no quiere decir que esa reacción dialéctica, además de sincera, deba reputarse como adecuada. Los Estados Unidos no tienen a sus espaldas el enorme peso de una proyección histórica, que es realidad desde hace siglos, y si los Estados Unidos, como indudables advenedizos a la historia de las relaciones internacionales, no han podido liberarse, pese a la cortedad dimensional de su historia, de la mácula aislacionista, deben comprender y explicarse la tarea ingente que Europa debe imponerse, para liberarse del peso de una tradición plurisecular. Claro que un pueblo sin historia, en el sentido de dimensión temporal, es disculpable que ofrezca estos síntomas de extrañeza e impaciencia, respecto de lo que considera como indisculpable obsesión municipalista europea; pero una cosa es que nos mostremos comprensivos respecto a la impaciencia norteamericana, y otra muy distinta el que renunciemos a explicar a nuestros amigos de Norteamérica, cómo, respecto de ciertos problemas de metamorfosis internacional, no es aconsejable la puesta en práctica del sistema consistente en quemar etapas; y si estas advertencias se consideran impugnables por parte de los norteamericanos, nos permitimos llamar su atención respecto a los peligros que entraña la puesta en práctica de lo que denominaríamos anticipacionismo, riesgos que ellos han registrado en cuanto voceros de tal inclinación. Baste recordar, una vez más, cuál ha sido la posición norteamericana respecto del colonialismo, por los Estados Unidos considerado como posiblemente eliminable de modo inmediato, impaciencia que, vinculada a Franklin Delano Roosevelt, en estos años posbélicos tantas inquietudes ha generado y está aún provocando a lo largo y a lo ancho del vasto mundo colonial, anticolonialismo que, proyectado con inadecuada significación geográfica y referido únicamente a pueblos políticamente atrasados, no les permitió entrever cómo asistían, inconscientemente, a la aparición de un terrible neocolonialismo, manifestación brutal de un imperialismo de nuevo cuño: nos referimos a la actividad de drástico satelitismo, impuesto y explotado en su específico beneficio por la U. R. S. S. Si esa lección sirviese a los Estados Unidos para encarnar más modosamente el problema europeo, no habría sido desaprovechada en lo que tiene de aleccionadora la citada experiencia.

Menos mal si sólo contásemos con el *handicap* del anticipacionismo. A este obstáculo es preciso agregar otra consideración complementaria y trascendente, a saber: que los Estados Unidos, tan inclinados a reprochar a Europa lo que consideran como anacrónico parroquialismo, se nos aparecen, pese a su dimensión, a su genio creador y a su potencia, como aquejados igualmente de provincialismo, ya que no otra cosa significa el aislacionismo norteamericano, como intentaremos probar seguidamente.

Cuando se parangona la evolución registrada en el orden internacional, en los Estados Unidos y en la Europa occidental, la diferencia que se aprecia es no sólo de grado, sino de sustancia. Los Estados Unidos, impulsados por lo que ellos consideran como fuerza misteriosa, vinculada al denominado "destino manifiesto", asignaron un límite a su fundamental quehacer: salvar la interposición del Oeste para llegar al lejano Oeste, asomarse a las costas del Pacífico y construir una nación a escala continental, todo ello poniendo en práctica medios que consideraban inéditos y señalando así un límite a su tarea; perseguían de ese modo la realización de un fin, limitado a los 48 Estados, y aun cuando como tarea inmediata, en ese designio habían de encontrar un impresionante elemento de poder, que contrasta abiertamente con la dispersión imperante y existente al sur del río Bravo, no creyeron oportuno pensar que el proyecto acariciado, pese a su grandeza, más cuantitativa que cualitativa, tal objetivo no podía nunca constituir un fin en sí, y que, colmada esa etapa inicial, inevitablemente habían de encarar el problema de sus relaciones, no episódicas y reticentes, sino perdurables y decididas con el mundo exterior; creían los Estados Unidos, de buena fe, haber alcanzado la meta final, convicción que los transportaba, pese al factor dimensional de la experiencia, a la contradictoria práctica de un provincialismo, construido a escala continental. Que el lector (y mucho menos el lector norteamericano) no se extrañe cuando vea consignada la apreciación que antecede, ni se pregunte cómo puede hablarse de un provincialismo de dimensiones continentales; ¿no nos adentramos en una auténtica contradicción al relacionar, en cuanto complementarios, ambos apelativos, cuando parecen más bien antitéticos? En modo alguno: lo provinciano y lo continental puede medirse con arreglo a dos tablas de valores, el factor dimensional y el conceptual; puede una nación que cuente por millones de kilómetros cuadrados, los que abarca su área nacional, proceder —como lo hicieron los Estados Unidos hasta

1941— con visible complejo provinciano, esto es, con designios, limitados en su ambición internacional constructiva; es dable que una diminuta nación se convierta en albergue de ideas que por su fortaleza dialéctica y su ambición ecuménica se extiendan ilimitadamente en el orden del espacio. Los Estados Unidos responden al primero de los dos tipos mencionados. Han sido obstinadamente aislacionistas y el aislacionismo, considerado en relación con la comunidad internacional, constituye una forma innegable de parroquialismo. De ahí una consecuencia, que no carece de relevancia: si los Estados Unidos mirasen hacia su propio problema, de un lado, no malgastarían el tiempo exportando, con destino a Europa, insistentes reproches de parroquialismo, y, de otro, percibiendo que ellos mismos debían ponerse en tratamiento, intentando desprenderse, de modo definitivo, del achaque aislacionista. Todo lo cual, por parecernos evidente, no podía pasar inadvertido a la indudable penetración de George F. Kennan, según intentaremos demostrar inmediatamente.

VII

Lo excluyente y lo receptivo en la política internacional norteamericana. El episodismo y sus peligros.

He aquí cómo articula Kennan la primera de las tres conclusiones que sienta y a las cuales dejamos ya hecha alusión: lo que ante todo precisa Norteamérica es transformar las prácticas exclusivas en receptivas; tomar y dar en todos los sentidos: económico, demográfico, cultural e intelectual; debemos aprender a aceptar los bienes y servicios de los otros; el proteccionismo económico constituye, no sólo una anomalía, sino que resulta ignominioso practicado por una nación, cual la norteamericana, de tanto vigor y volumen; lo que resulta justo y necesario referido a una nación incipiente en período de lucha, debe considerarse como infantil escapismo cuando se trata de una gran nación. Si ha sido la libre competencia la que posibilitó la prosperidad norteamericana, no es lícito temer la libre competencia practicada respecto de otras naciones. Debemos posibilitar un más intenso movimiento personal, tanto respecto de aquellos que vengan a Norteamérica con propósito de corta estancia, cuanto en lo que se refiere a cuantos aspiren a instalarse definitivamente. Si alguien aboga por la prolongación de tal proteccio-

nismo, debió decirse que dicha medida pudo ser igualmente aplicada en los años iniciales de la independencia norteamericana. Norteamérica, o es una nación cosmopolita distinta de otras, no por sangre y color, sino por tradición, espíritu y geografía, o no es nada. El mito norteamericano se refiere a unos Estados Unidos que han dejado de ser una América rural no mecanizada; si prolongamos aquella imagen interpondremos un obstáculo entre el sueño y la realidad, corriendo el riesgo de transformarnos en una nación provinciana, en una especie de remolino dentro de la dilatada corriente mundial, incapaces, tanto de recibir estímulo proveniente del exterior como de brindarlo a los otros. Las pequeñas naciones pueden inclinarse al provincialismo, los Estados Unidos no, por estar obligados a tender un puente que nos comunique con el resto del mundo.

En los consejos y apreciaciones de Kennan anteriormente sumariados, se hermanan en desigual proporción, sugerencias que afectan específicamente a la estructura político-económica de los Estados Unidos y aquellas que se proyectan hacia el mundo exterior, aun cuando a nuestro parecer, son las primeras las que posibilitan el alcance de las segundas, y su puesta en acción implica, nada más ni nada menos, que el desencadenamiento de una alteración que, aun cuando incruenta, encerraría todo el valor de una experiencia auténticamente revolucionaria. Kennan, hombre de espíritu, cuyo realismo no resulta descarnado ni sometido a la acción alterante de normas abstractas, valora adecuadamente lo que el destino obliga a los Estados Unidos, cuyo protagonismo no puede entrar en escena en tanto perdure en el seno de la sociedad norteamericana ese afán de atenerse a la idea fija de mantener incólumes las modalidades de la vida político-social estadounidense que, en principio, constituyen otros tantos impedimentos para establecer contacto no episódico con aquellas naciones del mundo, más resignadas que voluntariamente inclinadas a aceptar la hegemonía norteamericana. Nótese que la tesis de Kennan es, en este aspecto, de una visible solidez, y del contenido de la misma se desprende un claro dilema: o los Estados Unidos insisten en la práctica de su vigente episodismo en materias de política internacional, con lo cual terminarían por agotar el crédito de condicionada confianza que les otorga el mundo libre, generándose así una situación aflictiva para el mundo no satelitizado o, percatados de que tal desenlace, en definitiva, puede implicar su desmantelamiento en el orden internacional y al objeto de no malograr su necesaria y per-

sistente conexión respecto del mundo libre, logran entrever que el grave y complejo trance que les afecta no puede esquivarse y menos aún eliminarse echando mano de esas fórmulas, tenaces e ineficientes a la vez, cuyo reemplazo de las unas por las otras en ininterrumpida sucesión, es prueba evidente de su ineficacia; no otra cosa podemos decir de aquellas normas inspiradas en el apaciguamiento, la contención, el sistema de la *roll-back policy* y la creación de un estado de fuerza para que el diálogo entre dos mundos discrepantes sea posible. Es en el propio mundo norteamericano donde se precisa generar una clara revisión de modos, hasta hoy plenamente satisfactorios en cuanto normas referidas a cuestiones domésticas, pero inadecuados para ser convertidos en bagaje de los Estados Unidos en su arriesgada salida, y que deben ser reemplazados por otros que permitan deducir al mundo libre, cómo Norteamérica, no sólo es merecedora del protagonismo que los azares del destino situaron a su alcance, sino que tiene voluntad y capacidad para actuar como elemento dirigente.

VIII

La cuestión de la "leadership" norteamericana.

La segunda de las conclusiones formuladas por Kennan se relaciona con el problema específico de la *leadership* norteamericana. No se trata de una hegemonía o dirección impuesta, sino de un acaudillamiento, previamente acatado de modo voluntario por aquellos que puedan compartirlo, tolerarlo o repudiarlo. Una dirección sólo se acepta cuando inspira confianza aquel en quien se vincula, pero si el llamado a ejercer la preeminencia, duda y ofrece evidentes pruebas de perplejidad y desorientación, entonces los requeridos o instados considerarían preferible la prórroga de su actual indefensión a la aventura de embarcarse en un navío sin rumbo y del cual se sospecha que es inapto para realizar el sugerido viaje en conserva. Esta serie de circunstancias inducen a Kennan a perfilar como puede y debe realizarse la *leadership* norteamericana, y a este propósito nos dice más o menos lo siguiente: aparte una necesaria revisión de la estructura social de Norteamérica, es preciso desterrar la idea, tan visible y ampliamente compartida y según la cual, Norteamérica, persiguiendo como finalidad el enriquecimiento del hombre, especialmente en bienes materiales, tal aspiración está bien

lejos de inspirar satisfacción y entusiasmo al mundo libre. De ahí se desprende un gran problema: los progresos materiales no deben conseguirse a expensas de corromper la vida; en la medida en que los demás consideren a los norteamericanos dispuestos a encararse con esa cuestión poniendo a contribución ideas efectivas, en la misma proporción se acrecentará la fe que el mundo libre puede asignar a la *leadership* norteamericana.

IX

Norteamérica frente al ademán expansionista ruso. La respectiva proyección de lo nacional y lo internacional, los peligros del "American Dream" y el riesgo del neoinperialismo.

Hasta aquí, Kennan prestó especial atención al problema de las relaciones de los Estados Unidos con sus presuntos colaboradores, así como a la cuestión de una necesaria innovación en la propia estructura de los Estados Unidos, sin la cual se convertiría en impracticable e ineficiente su inevitable salida al mundo exterior; pero resta por analizar otro extremo, acaso más complejo y grave que aquellos a los que se hizo previamente alusión: el de las relaciones de los Estados Unidos con el mundo satelitizado y potencialmente hostil. Kennan nos dice a este propósito que vivimos en un mundo posbélico, duro y cruel, espectral y sembrado de horrores, y no es lícito ignorar que existe un amplio sector de la tierra donde se abren paso en explicable hermandad, el odio y la miseria. Kennan ha mantenido contacto, a lo largo de dieciocho años, con ese mundo antagonista y piensa en lo impracticable que resulta prorrogar la vida confortable, imperante en los Estados Unidos, en un mundo minado por la pobreza y el desencanto, y por ella arguye: si nos preguntamos cuál es la amenaza con que hoy nos enfrentamos, diría que no está fuera de nuestra específica sociedad, sino en su propio seno; pienso, añade Kennan, no sólo en el patético fleco de una población cubriendo las tres cuartas partes de la tierra, enorme masa humana que encuentra selaz para su propio yo en una asociación con los partidos comunistas, sino que me inquieto ante algo mucho más serio; la gran proporción de nuestro pueblo que rehusa a considerar el problema de la penetración externa y de la subversión en

nuestra vida. La peor impresión, sigue diciendo Kennan, que podemos causar en el área de la política internacional, es la de que estamos dispuestos a sacrificar los beneficios de nuestra civilización tradicional, supeditándolos a nuestros temores más bien que a defenderlos con fe; deberíamos proceder con vigor y determinación a superar y vencer esta desmoralización, recobrar nuestro equilibrio y obrar de acuerdo con lo que los norteamericanos somos y no prisioneros del temor de lo que podamos llegar a ser. No puede desligarse la política internacional norteamericana de la propia vida nacional, ni es posible departirse de una idea: que cada vez somos más y en creciente medida, una parte de la comunidad internacional.

Antes Kennan, en la primera de las conferencias que integran el contenido del último de sus dos libros citados (*Realities of American Foreign Policy*) intentó ofrecernos un esquema o versión de lo que él estima ser la política internacional no definida de acuerdo con su específico contenido, sino valorada en sus relaciones de primacía o supeditación respecto de la política nacional, y a este propósito consigna Kennan unas afirmaciones terminantes cuando nos dice que una sociedad política no vive para articular una política internacional, sino que la articula para convertir en practicable su vida, de lo cual parece inducirse que la política internacional no es un fin en sí, sino un método instrumental al servicio de las aspiraciones nacionales, exégesis peligrosa, no sólo porque con ellas se persigue la realización de algo contradictorio (reducir la política internacional o un mero instrumento de poder nacional), sino porque, apoyados en esa visión, podemos no sólo inferir un irreparable daño al mundo que nos contorna, expuesto a perder la fe en la colaboración que se le brinda, sino por cuanto, lo que Kennan denomina *American Dream*, constituye un elemento de peligrosa confusión. Así, y Kennan lo reconoce con laudable honestidad, los Estados Unidos, como vivían satisfechos con su sistema político, económico y social, consideraban que esa felicidad era compartida por otros pueblos; falsa visión que los inducía inevitablemente a hundirse en un error: pensar que la base de la política internacional no puede ser otra que la práctica del *statu quo*, y que aun cuando éste fuese condicionado, esa inestabilidad no era tan acusada que no permitiese resolver todos los problemas que plantea el reajuste del *statu quo*, acudiendo para ello a la puesta en práctica de tratados de arbitraje y con-

ciliación, inclinación, tan del agrado de Norteamérica, que entre 1900 y 1930, los Estados Unidos signaron 97 tratados de arbitraje y conciliación, de los cuales siete multilaterales y 90 bilaterales. No otro resultó ser el fruto específico del *American Dream*, beatíficamente practicado cuando Europa se adentraba, cada vez más acentuada y peligrosamente, en la etapa predramática del primer período posbélico. El *American Dream* resultaba ser el refugio y la compensación, notoriamente insuficientes, de que echaban mano cuantos propugnaban la sucesión norteamericana, respecto de Europa, iniciada en 1920 e inexplicablemente prolongada hasta 1941, evidenciándose así los riesgos que encierra el orientar la política internacional, inspirándola en consideraciones de tipo nacional. De ahí nuestra inevitable disparidad respecto de la interpretación de Kennan (una sociedad política no vive para articular una política internacional, sino que la articula para vivir), divergencia determinada por una consideración que estimamos no ser errónea y que formularemos así: si, como la sucesión de los acontecimientos posbélicos parece evidenciarlo, la vida nacional cada vez se realiza más en función de las preocupaciones internacionales, esa alteración en lo que atañe a la respectiva proyección de ambos valores y a su específica situación jerárquica, diríase que nos impele a invertir la imagen que George F. Kennan considera como adecuada. Aparte lo alegado, existe otra consideración que debe pesar sobre nuestros juicios: si convertimos la política internacional en instrumento al servicio de nuestras específicas aspiraciones nacionales, no haríamos otra cosa que atenernos a la práctica de un puro imperialismo, tanto más evidente cuanto menos contemos con la preexistencia de una idea de ambición ecuménica que podríamos ofrecer como aglutinante a cuantos se mostrasen más o menos dispuestos a colaborar en un común empeño, que a todos los participantes pudiera ofrecerles un tangible beneficio, y, si hemos combatido —no sin evidentes razones que apoyen y robustezcan tal posición dialéctica— la inclinación soviética, que ambiciona supeditar a las específicas apetencias extensivas rusas toda su política internacional ideada y puesta en práctica por los dirigentes rusos, alinearnos en un semejante frente dialéctico no equivaldría a otra cosa que a enajenar aquellas normas ideales, únicas que pueden justificar, no sólo nuestra disparidad respecto de los designios imperialistas de la U. R. S. S., sino el firme designio de neutralizarlas primero y superarlas y eliminarlas después. Esta inclinación que principalmente nos parece aconsejable,

aún resulta más oportuna si pensamos que Norteamérica, a cambio de la suma de poder que nos brinda su actual grandeza cuantitativa, debe esperar de los europeos no aquejados del achaque de nostalgias de dirigismo, ni afectados por la mácula del parroquialismo, que su dilatada experiencia histórica les permita aportar normas orientadoras que concurren en el sentido de liberar a Norteamérica de su actual y evidente perplejidad. Bien sabemos lo difícil que resulta la admisión de sugerencias, provenientes de quienes atraviesan un período de ocaso en lo que a su poder material afecta, pero sea o no grata esa inclinación para los usufructuarios de la omnipotencia posbélica, tal y como está hoy planteado el problema internacional, consideramos que aun cuando la sugerencia que Europa pueda brindar no tenga la condición de ideal, no es prudente reemplazarla por otra que no la mejore ni la supere, y éste es actualmente el caso de los Estados Unidos de Norteamérica.

Nos anima la esperanza de que el lector de estos *Cuadernos* no interprete las anteriores consideraciones como signos de un europeísmo trasnochado, por cuanto no tenemos en nuestra mente una Europa avezada a practicar el sistema del equilibrio o a seguir aferrada a la técnica de la paz armada. La Europa, cuyo marginalismo estimaríamos improcedente en esta obra que, trabajosamente y venciendo incompreensiones y resistencias nacidas en su propio seno, se apresta a dar el gran paso de su integración, que si no se logró alcanzar a través de los protocolos de Londres y de los acuerdos de París, puede ser instaurada cuando el viejo mundo se percate de que resultaría ser peligroso el persistir en una dispersión hoy notoriamente anacrónica. Esta supuesta y hoy tan sólo diferida continentalización europea, se diferenciará de la americana, que la ha precedido en el orden del tiempo en el sentido de considerarla no como un fin, sino como una etapa y en cuanto incentivo para el mundo libre; como base nuclear, no como coto cerrado. Bien se nos alcanza que el esfuerzo es inmenso, pero debemos tener presente lo que puede representar como fuente de inspiración la prolongada experiencia histórica del viejo mundo; sin desdeñar algo trascendente: no es la primera vez que Europa se encuentra situada ante el dramático dilema de ser o no ser. En otro tiempo, pudo malograrse esa aspiración aglutinadora, entre otras consideraciones, por la razón de que Europa nada tenía fuera de su área que pudiera causarle inquietud, seguridad que le deparaba una visible libertad de movimientos; no es ése el trance presente, ya que ahora, o Europa logra superar esta

CAMILO BARCIA TRELLES

crisis y rescatar sus posibilidades directrices respecto del mundo extra-europeo, o será eliminada virtualmente al quedar reducida a la condición de mero apéndice, navegando, melancólica e irremediablemente, a remolque de quienes han empuñado el timón del mundo, sin que sepan ciertamente hacia dónde los empuja un protagonismo, más que hijo de los propios méritos de los titulares de la preeminencia, eco de los azares de una guerra cuyo epílogo, hasta el presente, no ha generado otra cosa que una perplejidad que, por difusión, ha adquirido la medida de un achaque de alcance ecuménico.

Camilo BARCIA TRELLES